tan lejos y haber tanto mar en medio, no sabían lo que allí pasaba, más de cuanto sus criados y factores que allí estaban, o a España iban, les querían escribir o decir. No podían tener otro concepto de los indios, ni de sus cosas, sino el que aquellos mismos les querían pintar. Y como los desventurados no tuvieron, en aquellos principios, ministros libres de el temporal interés, sino que los unos y los otros se codiciaron más al oro que al prójimo, no hubo quien de ellos, de veras, se apiadase, ni quien con celo de conservar sus vidas (o siquiera de buena salvasen sus ánimas) escribiese a los reyes lo que en este caso convenía. Y si hubo alguno, sería solo o tan pocos y tan desconocidos que su sentimiento, en respecto de los muchos y más acreditados, sería de poco momento. Y así, de ruines principios, se siguieron malos medios y peores fines; porque, al fin, todos aquellos indios se acabaron como adelante se verá.

CAPÍTULO VII. De cómo estos indios tuvieron pronóstico de la destruición de su religión y libertad, y de algunos milagros que en los principios de su conversión acontecieron



o QUIERO DETENERME EN CONTAR la manera de ídolos que estos indios tenían, ni las diferencias de sacrificios y ceremonias con que los adoraban, que todo era poco, en respecto de lo que se halló en la tierra firme de esta Nueva España (como decimos en otro lugar), mas por poco que era, cotejado con lo de Mexico y otras partes, basta decir,

y que se entienda, cómo el demonio estaba de ellos tan apoderado, y hecho tan señor y servido, cual pluguiera a Cristo, que su divina majestad lo estuviera de todas sus racionales criaturas, o siquiera de los que indignamente usurpamos el nombre de cristianos. Y digo que lo usurpamos, pues no queremos hacer, por amor de Cristo, la centésima parte de lo que éstos hacían por mandado del demonio y de sus ministros, que para ello tenía escogidos; el cual se les aparecía muchas veces y en diversas figuras y siempre feas, como lo es él y les hablaba, dando respuestas a lo que le era preguntado o mandando a sus ministros lo que quería que persuadiesen al pueblo. Los caciques, que eran los señores y los bohíques, que llamaban los sacerdotes, en quien estaba la memoria de sus antigüedades, contaron por muy cierto a Christóbal Colón y a los españoles, que con él pasaron, que algunos años antes de su venida la habían ellos sabido por oráculo de su dios; y fue de esta manera.

El padre de el cacique Guarionex (que era uno de los que lo contaban) y otro reyezuelo con él, consultaron a su Cemi (que así llaman ellos al ídolo del diablo) y preguntáronle, ¿qué es lo que había de ser después de sus días? Ayunaron, para recibir la respuesta, cinco o seis días arreo, sin comer, ni beber cosa alguna, salvo cierto zumo de yerbas, o de una yerba que bastaba para sustentarlos, para que no falleciesen del todo; lloraron

y disciplináronse reciamente y sahumaron mucho sus ídolos, como lo requería la ceremonia de su religión. Finalmente les fue respondido que aunque los dioses esconden las cosas venideras a los hombres, por su mejoría, ahora las querían manifestar a ellos, por ser buenos religiosos; y que supiesen cómo antes de muchos años vendrían, en aquella isla, unos hombres barbudos y vestidos todo el cuerpo, que hendiesen de un golpe un hombre por medio con las espadas relucientes que traerían ceñidas; los cuales hollarían los antiguos dioses de la tierra, destruyendo sus acostumbrados ritos y derramarían la sangre de sus hijos, o los llevarían cautivos. haciéndose señores de ellos y de su tierra. Y por memoria de tan espantosa respuesta dijeron que habían compuesto un doloroso cantar o endecha, la cual después cantaban en sus bailes o areitos, en las fiestas tristes y llorosas. Y que acordándose de esto huían de los caribes, sus vecinos, que comen hombres; y también de los españoles, cuando los vieron. Todas estas cosas pasaron, sin faltar como aquellos sacerdotes contaron y cantaban; porque los españoles abrieron muchos indios a cuchilladas en las guerras, derribaron los ídolos de los altares, sin dejar ninguno, vedaron todos los ritos y ceremonias, con que eran adorados. Todo lo cual bien pudo sacar algunos años antes el demonio por conjeturas, considerada la pusilanimidad de los indios y la condición y brío de los españoles, que por ventura, a la sazón, andaban aprestándose en España, o se comenzaba a tratar de la navegación que se había de hacer en el descubrimiento de estas tierras.

Puesto que estos indios, por su desnudez y nuevo lenguaje, a los nuestros pareciesen bárbaros y por estar tan acostumbrados a los ritos de su infidelidad con que servían al demonio, pareciese dificultoso el traerlos al conocimiento de la verdadera fe. La experiencia enseñó ser al contrario de esta opinión; porque antes se halló ser, de su natural, la gente más mansa, doméstica y tratable que en el mundo se ha descubierto. Esto bien se prueba en el caritativo acogimiento que hicieron a Christóbal Colón y a sus compañeros, en su primera llegada; pues dice su historia que andaban tan humildes, tan bien criados y serviciales, como si fueran esclavos de los españoles. Y cuanto a ser fáciles a traer a la creencia de nuestra fe, lo mismo se verificó; pues en el mismo lugar se cuenta que viendo a los cristianos adorar la cruz, la adoraban ellos y se daban en los pechos y se hincaban de rodillas al Ave María, lo cual debía de causar el poco fundamento que en lo interior del corazón tenían para defender y sustentar su idolatría y mucha facilidad para sujetarse al juicio de los más entendidos y capaces, como veían que lo eran los españoles y por tales los reconocían; y así, sin contradicción alguna se bautizaron todos aquellos que por los predicadores del evangelio fueron convidados, o por otros cristianos persuadidos, aunque fueron muy muchos los que al principio murieron sin bautismo y sin recibir la fe, así por las guerras, que con ellos los españoles tuvieron, como por el poco celo que por entonces hubo de su conversión.

Hizo muy gran efecto el santísimo cuerpo sacramental de Cristo nuestro señor, que se puso en muchas iglesias; porque con él y con las cruces que por todas partes se levantaron, huyeron los demonios y no hablaban como

de antes a los indios, de que mucho se admiraban ellos. El cacique de el valle Ouoanhau quiso dormir con una su mujer que estaba haciendo oración en la iglesia. Ella le dijo que no ensuciase la casa de Dios, porque se enojarían contra él y lo castigaría. Mas no curando él de estos temores respondió, con un menosprecio de el sacramento, que no se le daba nada de que Dios se enojase. Cumplió su apetito y luego allí de repente enmudeció y quedó tullido. Arrepintióse después y sirvió en aquella iglesia, mientras vivió, no consintiendo que otro la barriese, sino él. Tuviéronlo a milagro los indios y visitaban mucho aquella iglesia, por la devoción que de este acaecimiento cobraron.

Acaeció también que cuatro indios se metieron una vez en una cueva, porque tronaba y llovía; el uno, con temor de rayo se encomendó a la madre de Dios, invocando el nombre de Santa María: los otros hicieron burla de él y permitió Dios que los mató un ravo, sin hacer mal al devoto.

El segundo viaje que hizo Colón a aquella Isla Española, mandó levantar una cruz, hecha de un árbol rollizo en la ciudad de la Concepción de la Vega, la cual, en todas estas partes, ha sido tenida en mucha veneración y demandadas con mucha devoción sus reliquias, porque, según fama pública, hizo milagros y con el palo de ella han sanado muchos enfermos. Los indios de guerra trabajaban de arrancarla y aunque cavaron mucho y tiraron de ella con sogas recias que llaman de bejucos, gran cantidad de hombres, no la pudieron menear, de que no poco espantados acordaron de dejarla; y de allí adelante la hacían reverencia, reconociendo en ella alguna virtud divina.

CAPÍTULO VIII. De lo que hicieron algunos religiosos en la conversión de estos indios, y cómo algunos de ellos fueron muertos por irles a predicar el evangelio



N VIDA DE LOS REYES CATÓLICOS PASARON a la Isla Española frailes de la orden de San Francisco, los cuales entraron el año de 1503 y fundaron sus monasterios en la ciudad de Santo Domingo y ciudad de la Concepción de la Vega, y en Santiago de la Vega y en el Cotuy, que son pueblos de la misma Isla Española; a cuya fundación ayudó mucho el

comendador Nicolás de Ovando, que era gobernador de aquella isla y especial devoto de San Francisco y de sus frailes; y después poblaron en la isla de Cuba y en lo de Cumaná, como adelante se dirá. Siete años después entraron los religiosos del gran padre Santo Domingo, que fue por el año de 1510, y fundaron casas y conventos, como los primeros que en estas Indias ha querido Dios que así se hayan ido siguiendo estas dos benditas órdenes, así como en su fundación, fue primero la de San Francisco que la de Santo Domingo, siete años; pero por haberse confirmado por la sede apostólica ésta de este glorioso patriarca primero, lleva la antigüedad y